

**Charles Lindholm, Carisma, *Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*, Traducción de Carlos Gardini. Editorial Gedisa, Barcelona, 1992. (1a. Edición en Inglés 1990) 303 páginas.**

Ya desde su referencia primigenia (San Pablo, Epístola a Los Corintios 1,12) el Carisma tenía en cuenta al fenómeno que Shills llama dispersión, es decir, los dones individuales se rutinizan en racionalizaciones y tradiciones. De todos modos el aporte de Weber, es haber diferenciado entre fenómenos de contagio psíquico propios del entusiasmo comunitario, del menos inmediato bienestar material de los dominados que es la nota sociológica, que sin estar aislada es la que posibilita, si se nos permite la expresión, despsicologizar el concepto de Carisma. Con esto logramos dar la dignidad específica que va a facilitar diferenciar por su importancia histórica, fenómenos tan dispares como la Alemania Nazi, el grupo de Charles Mason o el culto de Jim Jones. De lo contrario igualamos situaciones, que no por tener propiedades comunes, definitivamente desde el punto de vista del conocimiento es incongruente asimilarlos.

Metodológicamente hablaríamos de que enfatizar en forma excesiva lo genético va en desmedro de la consideración estructural o total que un concepto siempre posee.

Es inevitable ante este libro, aunque parezca pedante, hacerse la siguiente pregunta: ¿Qué de común puede haber entre los acontecimiento del período Nazi en Alemania, el grupo de Charles Mason en la California de los 60s, y la conducta de Jim Jones en la Guyana a finales de los 70s. Como sociólogos podríamos responder que se trata de utilizar el concepto de Carisma y con ello alumbrar lo que de general puedan tener los tres acontecimientos. Sin embargo, nos queda una incertidumbre; este concepto realmente logra extraer lo saliente de los tres acontecimiento, o el uso que se hace de él no es adecuado para tal pretensión. En este último caso tendríamos que indicar las posibles debilidades del uso. En lo que nosotros podemos responder habría una legitimidad para hablar de un uso sociológico del concepto Carisma, cuyo fundamento de sentido (Sinn) estaría dado por el efecto que un don poseído por un individuo tiene en el bienestar material de los dominados, con la consecuencia de que el Carisma puede variar al cambiar la repercusión en quienes obedecen al líder carismático en el bienestar material que derivan de su obediencia. Esto desde luego no agota el fenómeno del Carisma, que posee el fenómeno de contagio en las conductas de masa que no queda englobado totalmente en el primer uso. Del primer uso anotado se deriva el árduo problema de determinar (y hasta donde sea posible medir) el éxito o fracaso del Carisma en su corroboración, es decir en el logro no de la felicidad, sino del bienestar material. En este aspecto, estudiosos anteriores, como Newman (*Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional socialismo*, 1942.) habían explorado un aspecto del concepto ya determinado por

Max Weber. El Carisma puede tender a objetivarse: de don, destreza o habilidad, puede cristalizarse en algo que socialmente puede ser el germen de un cargo. De este modo pueden enfatizarse dos propiedades del carácter de esta objetividad del Carisma, que puede variar y que puede denominarse una causa "objetiva" (en la investigación de Newman, el Carisma se apoya en los atributos que el líder posee como intérprete del pueblo, entendido como entidad biológico-histórica) que podemos identificar como no individual y las pretensiones de uniformidad que se esperan de ésta.

De todas maneras, el acento sociológico, no necesariamente antagónico con la investigación del contagio psíquico que generan los afectos y sentimientos emergentes en las conductas de multitudes, al enfocarse en el resultado de la acción, más que en el transcurso, enfatiza el éxito o fracaso que consiga el líder satisfaciendo el bienestar, ante todo material de los seguidores. Si no necesariamente toda dominación se sirve del medio económico, el despliegue sociológico está dado por cómo los intereses materiales movilizados por el líder carismático, quedan rutinizados en el cuadro administrativo ajeno a todo dominio.

El concepto de Carisma en su fundamento, parte de ordenar la realidad diversa, que no es otra que constatar la existencia de normas y tradiciones que junto con el Carisma constituyen aspectos de una totalidad ¿Qué aspectos de la conducta global pueden ser asignables a cada una de estas tres distintas motivaciones u otras que sean halladas, constituye la tarea comprobadora. El trabajo que comentamos parece no partir de la idea articuladora del concepto de Carisma así entendido ¿Hasta qué grado esta mutilación altera el concepto, o el eclecticismo valida el uso? Estos serían interrogantes que quedan.

A pesar de que la construcción del concepto de Carisma comenzó con un alcance histórico mayor que el que este libro ofrece, como quiera que el historiador alemán del S. XIX Rudolph Sohm fundó el concepto en el contraste entre el Carisma de Cristo y la rutinización en la institución de la Iglesia que prosiguió sus enseñanzas, este libro sólo quiere comenzar en el S. XVIII. Ya aquí el enfoque es restringido si hablamos de la generalidad que el concepto tiene que poseer. Aún así es interesante la revisión que hace tanto de David Hume, y el relieve que hace de aspectos irracionales de la acción (las pasiones) como de Nietzsche y su concepto del superhombre, en donde se recluye la crítica al optimismo racionalista triunfante. Esto como necesario antecedente al examen de Weber y Durkheim, quines, como sociólogos fundan un enfoque en que según Lundholm el acento social de Durkheim se enfrenta al individual de Weber; de este punto se arranca para desarrollar aspectos que si bien no son el centro del análisis weberiano, sí implican un lugar en su visión, como puede ser la acción efectiva y que entre tanto, ha tenido un desarrollo en la psicología, especialmente en Freud. Tal vez este último sea el aspecto que termine predominando en la llamada parte práctica del libro que comentamos. Tomando como casos, el de

A. Hitler, Ch. Mason y Jim Jones, se exploraron a fondo los hallazgos teóricos fijados en la primera parte, en donde me parece que el problema de generalización es patente y que no se alcanza a salvar con el recurso a las referencias básicas antropológicas del Carisma.

Si bien es cierto que las técnicas arcaicas del éxtasis chamánico pueden verse en fenómenos de masas contemporáneo, no por ello las características específicas (históricas) en donde se asientan, pueden dejar de tenerse en cuenta. En los casos aducidos, el desarrollo tecnológico posibilita medios inimaginables y de alcance distinto que el de las comunidades primitivas. Es por ello que no sería admisible hacer pasar por conocimiento científico (generalización) aquello que sólo superficialmente es semejante. Utilizar el concepto de Carisma implica no descuidar su aspecto metodológico de individuo histórico, es decir, que en cierto sentido son incomparables los fenómenos aducidos, mirando su sustentación científica, teniendo en cuenta que no se está hablando de una operación de género próximo y diferencia específica, al modo de una generalización empírica, sino que debe procederse a un realce conceptual con referencia a valores, que muestre cómo en el caso alemán en un especie de corte de esencia se presentan aspectos tales que por su importancia, verbigracia la técnica, los partidos políticos, el tipo de ideología son más dicentes de esta época, que su pretendida homogeneidad como fenómenos arcaicos de éxtasis. Discutimos no los hallazgos y aportes efectivos que hace el libro comentado, en referencia al papel de los efectos y algunas similitudes de técnicas chamánicas con demagogias modernas, sino el uso que hace del concepto de Carisma, que en definitiva queda maltrecho desde el punto de vista de sus posibilidades teóricas.

**Alfonso Piza R.**

